

de en el olvido o en agua de borrajas. A punto de entrar en el mítico 2.000, deseáramos ser tomados en serio y no como a una pandilla de colegiales a los que hay que entretener cada cierto tiempo con tareas para hacer en casa o entre ellos. Es imprescindible tomar las decisiones oportunas que requiere esta situación, teniendo muy en cuenta las sugerencias que desde la base se están realizando.

No estamos ante cuestión baladí, ni tampoco ante un problema de curas o de mera distribución de tareas. Todos los temas indicados anteriormente son síntomas de una Iglesia necesitada de repensarse muy en serio a sí misma y de profundizar acerca de su papel en la sociedad de nuestro tiempo, acerca de la indispensable corresponsabilidad entre sus miembros traducida en una nueva organización, una nueva mentalidad, un nuevo talante pastoral. Que no se nos pida como curas, repetimos, «administrar la agonía», porque creemos en el Cristo vivo y no agonizante. Y si no se nos sabe pedir más que eso, mejor será que los responsables asuman evangélicamente sus limitaciones y dejen paso a otros que puedan abrir nuevos horizontes dejándose llevar por el soplo del Espíritu que nos impulsa a ir siempre más lejos en la construcción del Reino de Dios.

Itinerario de vida cristiana según Teresa de Jesús

Rev. Aragon. Teol. 9 (1999)

Antonio Mas Arrondo

Presentan estas páginas un esbozo de lo que será (D.m.) un trabajo más amplio acerca del programa de vida cristiana elaborado por Teresa de Jesús al final de su vida. Limitada por su condición femenina y no habiendo gozado (ni sufrido) formación académica alguna, no pudo ver realizado en vida el deseo de publicar sus escritos para que su experiencia ayudara a otros. Arrinconado muy pronto su pensamiento, no pudieron hacer lo mismo con sus obras —aunque algunos lo intentaron—, publicadas por Fray Luis de León (1588). Encumbrada por méritos propios a la santidad, el barroco la trasladó al reino de la fantasía, convirtiendo anécdotas en categorías, haciendo de la virtud meta inalcanzable. El terreno quedó libre para la hagiografía. Ella, que quiso ser santa de las gentes y guía de pecadores, se convirtió en elixir de privilegiados, truncando en buena medida su máxima aspiración: *allegar almas a Dios*.

Pocos son los años transcurridos desde que Pablo VI la declarara Doctora (1970), es decir, modelo de vida y también de doctrina para toda la Iglesia. Apenas hoy comenzamos a darnos cuenta de aquella histórica decisión que tanto bien hará a la Iglesia del futuro. Desea este artículo unirse a los trabajos de quienes pretenden devolver al Pueblo de Dios lo que la historia les hurtó. ¡Estamos frente a una santa de la religiosidad popular! Pasen y vean o, por mejor decir, pasen y vivan.

Seguiremos como matriz el libro de madurez llamado *Castillo Interior*, escrito en 1577. La idea central que recorren sus páginas trata de presentar un itinerario de vida cristiana, tomando el símbolo del castillo como núcleo que engloba todo: cada persona es un castillo habitado por Dios. Siete son las moradas que nos llevan hasta la habitación principal donde habita el rey. Al escribirlo de prisa, apenas insistió en las primeras cuatro moradas, aspectos sobre los que había reflexionado y escrito abundantemente con anterioridad, deteniéndose en las tres últimas, máxima novedad y genialidad de la obra. De las cuatro primeras nos legó en el Castillo el armazón que deberemos completar con lo ya explicado en otros dos de sus libros, *Vida* y *Camino de Perfección*.

Sugerencias para entender el itinerario

Con frases cortas haremos algunas indicaciones para entender el itinerario de vida teresiano: Las moradas son siete, pero hagamos cuenta que son muchas más. Se pueden experimentar al mismo tiempo varios aspectos de diversas moradas, por

ejemplo: se puede estar en el conocimiento propio de la primera morada y vivir experiencias de oración propias de las quintas. No es bueno quedarse siempre en la misma morada, hay que pasear por ellas.

Desea que, si Dios quiere, lleguemos a las séptimas moradas. En las moradas se puede avanzar o retroceder, aunque en las últimas haya un poco más de seguridad. Se pasa de una morada a otra cuando toda la persona vive todas las características de esa morada y después de un tiempo pasa del todo a la siguiente. Son acumulativas, la oración vocal, la meditación en los misterios de Cristo, la Humanidad del Señor, el conocimiento propio fuente de la humildad y otros, no se olvidan ni se dejan nunca, incluso en las posteriores. No son una escalera, al pasar a la siguiente no olvidamos la anterior. Habrá facetas para conservar siempre, la oración de meditación, el conocimiento de Jesucristo tal y como nos lo relatan los evangelios. Este camino espiritual no es adecuado para quienes busquen únicamente recetas espirituales. Más bien está indicado para aquellos que conservando su libertad y desarrollando la creatividad, busquen sus caminos entre las muchas posibilidades que ofrece cada paso. El secreto está en poner los ojos en las octavas moradas del cielo, — reino que pretendemos alcanzar—, el centro de uno mismo y de Cristo.

La Humanidad de Cristo da la impronta exacta a esta propuesta espiritual que nos hace Teresa de Jesús. Pasar de una morada a otra es obra del amor de Dios misericordioso y la libertad del hombre cooperando con Él. Movernos con alegría y libertad entre las moradas visitándolas todas. El itinerario de vida reproduce el llamamiento que Cristo hizo a los discípulos para que le siguieran, desde que los llamó al principio hasta el encuentro con el resucitado pasando por la cruz. La explicación de cada morada contiene: la correspondencia con el seguimiento de Cristo por parte de los discípulos; la experiencia de Teresa; la forma de oración adecuada a ese paso; la transformación personal o crecimiento de las virtudes y la acción.

Primera morada: Somos un castillo habitado por Dios

A poco que dé rienda suelta a su imaginación, el lector podrá concebir en su interior la imagen de un castillo. Lo configuran murallas, almenas y el foso que lo rodea. Muros adentro siete grandes moradas diferentes, cada una con multitud de habitaciones le conducirán hasta la morada principal en la que vive el rey. Suéñelo de tal belleza que lo pueda comparar con un diamante lleno de luz y hermosura. El mismo rey en persona ha cursado orden de invitarle a visitar la habitación principal ya que dice querer ser su amigo, aunque puede declinar la invitación quedándose a la intemperie. El rey de este castillo tiene por norma invitar, nunca obligar a nada.

Nadie debe darle mayores indicaciones acerca de cómo imaginar el conjunto para que así pueda libremente configurar los detalles en su imaginación proyectando todos sus deseos. Sí he de advertirle que no lo sueñe lleno de escaleras en lo alto de un monte; podría transmitirle la falsa idea de no merecer la pena dada la complejidad del ascenso. Por el contrario, el rey ha encargado a alguien que le lleve de la mano hasta la morada principal y el mismo rey garantiza que saldrá a buscarle. Dice estar

dispuesto a abrir nuevas estancias y a modificar lo necesario para que Vd. se encuentre a gusto.

El castillo somos cada uno de nosotros y el rey es Dios. Somos un castillo habitado y estamos invitados a entrar en él. Aquí radica la dignidad de cada persona, por haber sido creada y criada cada día por el amor misericordioso de Dios que quiere comunicarse personalmente. Queda invitado a entrar en el castillo, sabiendo que el rey del castillo le ha llamado personalmente a conocerle y vivir con él. Habiéndonos creado a su imagen y semejanza en Cristo, sería lástima no responder a su invitación. Nos negaríamos a nosotros mismos la posibilidad de conocernos. Al adentrarnos en la vivencia religiosa tenemos una idea previa de Dios. No importa la que sea, el rey irá descubriendo quién es conforme avancemos en el proceso. Jesús de Nazaret llamó a los discípulos uno a uno. A nosotros se nos llama en principio a todos por haber sido creados a su imagen.

Desde muy pronto Teresa niña tuvo una especial sensibilidad religiosa, jugando a construir ermitas y escapando de casa a tierra de moros dispuesta con su hermano a perder la cabeza por Dios. En su casa abundaban las imágenes religiosas, a las que sería tan aficionada más una buena biblioteca del padre junto a la gran afición de la madre por las novelas de caballería (novela rosa de la época) que, junto a las vidas de santos, se leían frecuentemente. Habitó esta morada en los primeros años de su vida. Se sintió muy pecadora por no haber sido fiel al llamamiento que le hizo Dios y jamás abandonó ni la oración vocal ni el conocimiento de sí misma, propios de esta morada.

El tipo de oración de la primera morada es la vocal, sobre todo el Padrenuestro, por ser la que nos enseñó Jesús. Ésta y otras oraciones vocales han de ser dichas con el corazón y los labios para que así se conviertan en principio y llegada de la plegaria cristiana. Incluye la litúrgica, en especial la Eucaristía, el Ave María y otras, siendo el primer camino para adentrarnos en la meditación. Si nos acostumbramos a hacerla bien llevamos camino seguro de avanzar a la morada siguiente. Todo aquello que sugiera el misterio de Dios y nos acerque a Él debe ser tenido en cuenta: la contemplación de la naturaleza, la lectura de buenos libros, la oración ante imágenes, etc.

El proceso pide desde el principio una decisión firme de adentrarse en el misterio de Dios, en lenguaje teresiano *determinada determinación*. De estos comienzos decididos depende en gran manera el no sucumbir a la primera de cambio.

Junto a la decisión el conocimiento propio. Dedicar tiempo a pensar en nosotros, en nuestra vida pasada y actual. Será bueno avisar desde ahora que nunca podremos dejar de intentar conocernos, incluso en las moradas posteriores, porque sólo aquel que se conoce verdaderamente, sin falsedades ni máscaras, sabe la realidad de sí mismo. Trataremos por todos los medios posibles de ser veraces con nosotros mismos, sin ocultarnos nada, sin tapujos, porque únicamente la verdad nos hará libres. Este conocimiento personal, en consecuencia, no nos cierra al mundo de la psicología; al contrario la respeta y admite. Pero también la coloca en su justo lugar, sa-

biendo de antemano que nunca podremos conocernos del todo si no nos conocemos en Dios, en quien hemos sido creados. Proponemos aceptar la psicología en todo aquello que pueda ayudarnos para saber de nosotros mismos, sin caer en el psico-logismo.

En cuanto a la acción, la persona deberá renunciar a todos aquellos comportamientos que le alejen totalmente de Dios (pecado mortal) según lo que enseña la doctrina de la Iglesia en cuya comunión queremos progresar. Nada más y nada menos, recordando al viajero que el itinerario espiritual de Teresa está pensado para pecadores. Por lo demás nada debe cambiar. Únicamente llenarlo del sentido religioso que pretendemos llevar. Bueno será empezar a utilizar con frecuencia los remedios y auxilios que ofrece la Iglesia, en particular el sacramento de la Reconciliación.

Imaginemos también, para terminar, que somos un jardín, un huerto de bellas flores donde Dios viene a pasear cada día para su propio goce y satisfacción. Bien estará que se halle dispuesto y preparado para recibir tan insigne visita, cortadas las hierbas malas, regadas las flores, preparada la belleza de tan rica variedad. En los comienzos de esta apasionante aventura nos costará bastante aderezarlo; habrá que regarlo con cierto esfuerzo a fin que el jardín haga las delicias del visitante. Incluso puede ocurrir que lo hayamos tenido tan descuidado que dé pena verlo. No importa. Gradualmente el jardín se irá preparando para recibir la visita de Dios de modo que pueda pasearse por él y deleitarse como en casa propia. Poco a poco el dueño tomará tanto cariño al huerto de su amor que Él mismo se encargará de regarlo y llenarlo de belleza. Cuando comprenda nuestra disposición y alegría por recibirlo. Si así los hacemos ya hemos decidido en la vida no vivir en la periferia del castillo.

Textos bíblicos: Juan 14,2: muchas moradas; Proverbios 8,21: Dios se deleita con los hombres; Génesis 1,26-27: creados a imagen y semejanza; Juan 5,2-8. Textos teresianos: Moradas primeras; *Camino de Perfección* cc. 24-25

Segunda morada: Seremos perseverantes en el conocimiento de Jesucristo

En la primera, Dios nos llama a todos por haber sido creados a su imagen en su Hijo Jesucristo. En la segunda, el llamamiento a la historia de amistad se realiza de modo particular e intransferible. Reproducimos en nuestras vidas la misma llamada que en su día se hizo a los apóstoles cuando Jesús los llamó uno a uno para que le siguieran. Al decirles venid y veréis dónde vivo y lo que hago, el Señor les convocaba a conocerle seriamente. El conocimiento amoroso de Cristo será el asunto central de la segunda morada.

Teresa empezó a vivirla relativamente pronto. Pasó de una imagen de Dios temor, a un Dios más cercano, al descubrir a Jesucristo en la primera adolescencia. Es la morada que durante más tiempo habitó y la que jamás olvidó. Fueron años de incertidumbres, dudas, momentos de piedad y de abandono de la oración, años de enfermedades graves que le llevaron a un colapso que casi acaba con ella en la sepul-

tura. El progresivo conocimiento amoroso del Señor le iba afianzando, no sin recaídas y dificultades. Alguna vez, el Señor la visitaba más de cerca llenándola de consuelo. Desconocemos con exactitud las fechas de su proceso en estos primeros pasos.

El gran descubrimiento de la segunda morada tiene como protagonista a Cristo, camino, verdad y vida, imagen de Dios que nos lleva de la mano a la trascendencia. Para eso hay que conocerle y amarle, pero no de cualquier manera sino desde su Humanidad, como los apóstoles, quienes descubrieron en Él primeramente un hombre normal y corriente. Por eso para Teresa de Jesús no hay más solución que meditar durante años (salvo gracia especial de Dios), e ir conociendo las palabras y gestos de Jesús a través de la Palabra de Dios, en especial los evangelios, porque donde Jesús habla, come, mira, anda, se sienta o se levanta, está hablando, comiendo, mirando y andando el mismísimo Dios. Más aún, Teresa cayó en la trampa, como muchos cristianos de hoy, de obviar a Jesucristo como hombre, creían que bastaba con el misterio de Dios o dejar la mente en blanco. Gracias al cielo cayó en la cuenta de que sin Jesús que nos lleva de la mano no hay acercamiento posible a Dios.

Por meditación entendemos discurrir con el entendimiento los misterios de la vida, muerte y resurrección del Señor. Al contrario que otros espirituales de su tiempo, el programa de vida señala el tema de meditación para cada día de la semana. Creo que seremos fieles a su pensamiento si meditamos un cuarto de hora al día la Palabra de Dios que la Iglesia propone para cada día de la semana. Así lo intuyó el siglo pasado el gran teresianista san Enrique de Ossó. Meditar significa representarnos en la imaginación, o apoyados en una imagen que despierte nuestro fervor que estamos con Jesucristo para, a continuación, leer detenidamente el texto del evangelio hasta llegar a integrar en nosotros los gestos, las palabras y actitudes del Señor haciéndolas vida propia.

Ya desde el principio será bueno que no pasemos los quince minutos en hacer obrar el entendimiento, sino que después de unos minutos de meditación, dejemos las palabras y nos empleemos en amar, sobre todo advirtiéndole que nos mira, *mire que le mira*. Sin esfuerzo iremos aprendiendo a contemplar además de meditar. Una frase teresiana lo resume todo: *Pues tornando a lo que decía de pensar a Cristo a la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo y por qué las tuvo y quién es el que las tuvo y el amor con que las pasó. Mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con El, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe y hable y pida y se humille y regale con El, y acuerde que no merecía estar allí.* (Vida 13.22)

En cada morada vamos adquiriendo y consolidando algunas de las virtudes que caracterizaron la vida del Señor. En la segunda mucho habrá que crecer en la virtud de la perseverancia. Son tantas las cosas que nos distraen, haciéndonos perder la costumbre de orar quince minutos al día, que bien pronto podemos abandonar el camino emprendido y volver a los arrabales del castillo. En caso de distracción recurramos a la lectura de un libro, de la naturaleza o de una imagen. Todo con tal de no cejar en los quince minutos de oración diarios. La perseverancia encontrará de nue-

vo su fundamento en el Hijo, que pasó por la vida haciendo el bien cargado de trabajos y dolores (*Exclamación 3*).

Además de la perseverancia, o fidelidad, el que comienza a ser siervo del amor ha de aprender a vivir como su Señor una vida austera. La virtud de la pobreza dará alas a la libertad alejando las tentaciones del mundo que presentan el honor y la reputación personal consolidada en la riqueza, como máxima aspiración de la vida. En lenguaje teresiano *desasimiento*. Progresiva desvinculación de todo lo que pueda separarnos de Dios, incluida la ideología de la sociedad capitalista que tiende a mezclar la fe cristiana con los valores del capital: riquezas, honores, vivir con más de lo necesario, compaginar status social con el pesebre y la cruz, todo casamiento de contrarios. Al fin, legitimaciones diversas, mediocridades supremas, a veces bendecidas con incienso. Si al menos perseveramos en seguir a Cristo hombre, configurándonos con Él, iremos descubriendo el engaño del demonio disfrazado en ángel de luz.

Y, por último, nada de extraordinario en cuanto a la vida que llevaremos. Haga lo mismo cargando de sentido lo que ya hacía. Si dispone de tiempo suficiente colabore como voluntario en alguna de las múltiples actividades que la sociedad requiere y también la Iglesia necesita.

Busque a otros siervos del amor que quieran seguir un camino espiritual como el suyo al objeto de ayudarse mutuamente. Ninguna estructura es requerida, basta con conversaciones informales donde los seguidores de Cristo, desde su experiencia, se ayuden a crecer en el amor a Cristo. Desde muy pronto intuyó Teresa la necesidad de tener maestros de ciencia y experiencia que le asesoraran, lo que no fue obstáculo para que se reuniera un grupo de cinco personas, que *al presente nos amamos en Cristo*, varios de ellos seglares, hombres y mujeres, a quienes acudía con frecuencia. Hagamos lo mismo y de modo informal busquemos con quien *hacernos espaldas*.

Textos bíblicos: Jn 14, 6 y 9; 15,5; Lc 15.16. Textos teresianos: Moradas segundas; *Vida* cc. 11-13; 8,5; *Camino* 2; cc. 8 y ss.; 22.

Terceras moradas: Decidimos con la ayuda de dios seguir a Jesucristo con perfección

El relato del joven rico se presenta como paradigma de la tercera morada (Lc 18, 18-30). Entiende Teresa que los apóstoles, tras haber conocido y amado a Jesús, hubieron de tomar la decisión de renunciar a todo para seguirle. Esto es lo que pretende reproducir la tercera morada. Interpreta el evangelio en el sentido de que hubo un tiempo entre la primera llamada del Señor, el posterior conocimiento y amor a su persona, y la decisión de algunos a dejar todo.

La decisión de seguir a Jesucristo acaeció en la vida de Teresa cuando tomó la determinación de hacerse religiosa. Hubo de volver a esta morada cuando reconoció la equivocación de haber dejado la vida de oración. Nunca abandonó la tercera morada en el crecimiento de la virtud de la humildad.

Nada cambia en cuanto a Dios. Aquí seguimos conociendo a Jesucristo a través de su Humanidad. Lo hacemos con el esfuerzo y perseverancia que aprendimos en las segundas. El que quiere seguir a Cristo ha de hacerlo en todas sus facetas. Por ello en las terceras dedicaremos bastante tiempo de oración a meditar la pasión y cruz del Señor. También el pasaje del joven rico. Los siervos del amor han de aprender por experiencia cómo el discipulado arrastra el seguimiento de Cristo en cruz. Es posible que en algún momento de la meditación lleguemos a experimentar la presencia de Dios.

Llegados a esta morada nos consideramos buenas personas, incluso buenos cristianos. Así nos vemos y así nos pueden ver los demás. Cristianos practicantes, que van a misa los domingos, cumplen las enseñanzas de la Iglesia, aprovechan bien el tiempo, hacen obras de caridad, ayudan a sus prójimos en lo que pueden, etc. Después de haber perseverado, tras haber pasado las pruebas de las segundas moradas, nos parece que no haya nada que cambiar. Ha llegado el momento de decidir seguir adelante buceando en el interior del castillo, o quedar satisfechos donde estamos. Si así lo decidimos no hay miedo de llegar a las moradas donde habita el rey. Si por el contrario continuamos, toparemos con la exigencia del evangelio de seguir a Cristo con perfección, como pide sin éxito el mismo Señor al joven del evangelio. Tengo para mí que quienes han llegado a las terceras moradas están satisfechos en general con su vida, aunque advierten que no han entregado todo. Algo se reservan para sí. Las terceras moradas pretenden desenmascarar los falsos ropajes con que nos vamos vistiendo para disimular. Contentos por haber llegado a ser buenos cumplidores de las normas, obviamos lo más elemental: seguir a Jesucristo como es y no como quisiéramos que fuera, un Dios a nuestra medida.

La transformación personal consiste en la adquisición de la virtud de la humildad, fundamental en el pensamiento teresiano. Entiende por humildad el *andar en verdad*, es decir, el andar en el Dios de Jesucristo. Dicha virtud se fundamenta en el conocimiento propio iniciado en las primeras moradas. Sólo es humilde el que se conoce sin trampas. Habrá que escudriñar el interior para que las lagartijas no oculten las falsas intenciones que ocultan nuestros actos. Ha llegado el momento de descubrir las motivaciones profundas, no vaya a ser que el honor, la riqueza o el poder enmascaren las decisiones de la vida. Y el que se conoce bien, sabe de sus miserias y limitaciones. Además, la humildad, fundada en el conocimiento personal de la intencionalidad, pondrá la persona en disposición de comenzar a abandonarse en la voluntad de Dios. Tal como somos, sin engaños, la humildad hará que podamos decidir seguir a Jesucristo, cada uno según su estado.

En cuanto a la acción exterior la persona ha de considerar su estado de vida, o vocación. En lo demás seguimos lo mismo que en las anteriores.

Textos bíblicos: Mt 19,21; Mt 19,27; Mt 6,10; Lc 18, 18-30; 22,42; Salmo 111; 118. Textos teresianos: Moradas terceras.

Cuarta morada: Jesucristo nos ensancha el corazón

Llegados a este punto quiere el Señor llevar el alma donde halle reposo tras haber tomado la decisión de seguirle. Jesús llevó a un grupo de discípulos al Tabor, úni-

co lugar donde el Señor gozó (*Relación* 36). Estando allí se cumplió el dicho del salmista: se les ensanchó el corazón (*Salmo* 118,32). La cuarta morada introduce en la experiencia del Tabor al tiempo que prepara la persona para la conversión total de las quintas moradas.

En la experiencia de Teresa sucedió que durante la meditación, casi sin darse cuenta, le surgía un sentimiento de ternura hacia Dios, muy profundo. Lo experimentaba como un don gratuito de Dios; sin embargo podía percibir que ella colaboraba bastante para que esto sucediera. El ver lo poco que era, la ingratitud que había tenido con Dios, quien tantas veces le había llamado a dar el tercer paso sin ella decidirse, el saberse amada por Él sin medida pensando en los sufrimientos que había tenido que soportar..., todo junto, a veces, provocaba desde el interior unas lágrimas de alegría, un consuelo y agradecimiento tan grandes que quedaba embelesada.

Estamos en las moradas que harán de gozne entre las ascéticas y las místicas. Las moradas ascéticas, las tres anteriores, se caracterizan porque en ellas la persona ha de colaborar bastante con la gracia de Dios que quiere comunicarse al alma. Debe hacerlo mediante el esfuerzo de la meditación, el crecimiento de las virtudes y las pequeñas acciones y compromisos que vaya adquiriendo. En las tres hemos aprendido a conocer y amar al Dios de Jesucristo. Ahora, casi imperceptiblemente, comienzan a vivirse experiencias, llamadas «sobrenaturales» en el lenguaje teresiano, es decir, aquellas que es imposible conseguir sólo con nuestro esfuerzo. Se abre un nuevo paisaje para las moradas que nos restan, menos trabajoso, donde Dios se comunica con fuerza, tomando él mismo las riendas de la relación, concediendo muchos dones que repercuten al instante en la transformación de nosotros mismos.

Empezaremos a ver recompensando el esfuerzo de las tres moradas anteriores y estaremos en condiciones de prepararnos a vivir el paso decisivo de las quintas moradas. Comenzaremos a vivir regalos de Dios que nunca antes hubiéramos podido soñar. Comprobaremos que valía la pena desear la aventura hacia el centro de uno mismo.

Seguimos en la cuarta morada en la oración de meditación de los misterios de la vida de Cristo. En el momento más inesperado sucederán dos cosas novedosas: los llamados *contentos*, y los *gustos*. Los contentos tienen relación con la alegría que nos producen muchas cosas de la vida como encontrar un viejo amigo, superar un trance difícil, hacer un buen negocio, etc. Precisan de nuestro esfuerzo por la meditación. Los habitantes del castillo, memoria, entendimiento y voluntad, que suelen distraerse por los arrabales, escuchan el silbo del pastor que les llama desde la habitación principal de las séptimas moradas, el centro del alma, donde habita lo más profundo del ser humano y Dios. Las potencias se recogen, de ahí que se denomine a esta experiencia como *oración de recogimiento*. Produce paz y suavidad en lo muy interior, algo más hondo que el corazón, pudiendo llegar a decir que alguien nos ha ensanchado el alma. Esta sensación de satisfacción no debe buscarse nunca. Sobreviene cuando Dios quiere, la mayor parte de las veces estando el alma totalmente descuidada.

Un paso adelante serán los llamados *gustos* (oración de *quietud*) al toparnos de repente con una alegría inesperada. Será la misma experiencia anterior, pero con mayor conciencia de que Dios quiere comunicarse secretamente con la persona y le da el regalo de llevarla al monte a disfrutar de su intimidad. El amor comienza a encenderse cuando la voluntad queda prendada de unirse con su Señor. Al estar la voluntad decidida en las terceras moradas, en las cuartas se le hace el don de comenzar a encenderla en amor. Acabamos de entrar en la *oración de contemplación*.

Los efectos transformadores que produce esta oración van todos a costa del mismo Señor. Son los siguientes: Desaparece el miedo al infierno, a una imagen deformada de Dios que nos hace temerle, a perder la salud, a los trabajos que puedan venirnos, a hacer penitencia o sacrificios en beneficio de otros. Se descubre la realidad de lo que ofrece la ideología del mundo, comenzando a considerarlos basura, más en concreto se pierde la codicia por los bienes temporales. Aumenta el conocimiento de uno mismo, crecen todas las virtudes sin advertirlo, la fe se hace mucho más viva y se comienza a estar dispuesto a hacer algo por Dios. Incluso repercute en el propio cuerpo viendo mejorada su salud sin saber cómo.

La acción exterior sigue el curso iniciado en las anteriores moradas: búsqueda de otros que sigan este camino para ayudarse mutuamente desde la experiencia. Recurrir a la ayuda de personas que vayan más adelantados en el camino del amor que puedan ayudarnos a avanzar. Continuar en la vocación a la que Dios nos haya llamado. Procurar no retroceder porque las virtudes aún no están demasiado desarrolladas y las expectativas del mundo tienen demasiados atractivos. Proseguir la colaboración como voluntarios allí donde ya estemos. Añadamos a lo dicho algo propio de la cuarta morada, regla de oro para la acción: «no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced» (*Moradas* 4.1.7).

Lecturas bíblicas: La transfiguración se convierte en el paradigma bíblico de esta morada: Lc 9,28-36 y par.; ensanchar el corazón en *Salmo* 118. Lecturas terebianas: Cuartas moradas del *Castillo Interior*. Primera codificación de la doctrina en *Vida* 14-15. La *oración de recogimiento* en *Camino de Perfección* cc. 26-29. La oración de quietud en *Camino* cc. 30-31; concretamente la experiencia del Tabor en *Camino* 31,3; *Relación* 36; *Vida* 15,1.

Quinta morada: entregamos totalmente la voluntad a la cruz de Cristo

En el Tabor los discípulos recibieron abundantes muestras de amor sin apercibirse apenas de la manifestación del Padre al Hijo. La confesión de fe y la experiencia de la transfiguración no bastaron; poco más tarde traicionaron y abandonaron al Señor. Las quintas moradas reproducen en la vida del cristiano la vivencia de la cruz al abandonar del todo Cristo su voluntad en las manos del Padre. Por eso en las cuartas no se ha alcanzado la madurez suficiente en el camino de configuración con Cristo. Hay que entregar la voluntad completamente.

Teresa es consciente, sabe que en su vida sigue habiendo altibajos. Todo empezó en el convento de la Encarnación, mucho antes, tras arduos años de lucha interior. Insatisfecha con ella misma y gravemente desgarrada por dos fuerzas contrarias, Dios y el mundo: *Por una parte me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios (Vida 7,17)*. Llegado el momento decisivo decide, ayudada por la gracia, entregarse del todo a Dios. Ante una imagen de un Cristo muy llagado, recordando la conversión de María Magdalena y de san Agustín, se convierte del todo: *Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle. (Vida 9,1)*. Desde entonces —cuaresma de 1554—, y durante unos años, su Señor Jesucristo le enseñará una vida nueva, la irá modelando y esculpiendo a su imagen. El encuentro con Cristo no la dejará indiferente, de ahí su autenticidad: cambia a la persona y la vincula a la cruz de su Señor. ¡Algo hay que hacer para ayudar al Crucificado! Seguirá como modelos a Pablo, María Magdalena y Agustín.

Había llegado la crisis de la mitad de la vida, hará balance, deberá alcanzar el fondo del alma, llegar al encuentro con Dios y consigo mismo en el hondón, por el acto de abandonarse totalmente, y desde la entrega, dejar obrar a Dios. La misma vida nos va vaciando a base de desengaños, pero en un momento dado se requiere la entrega total de la voluntad para ser revestidos de nuevo. Desde el desorden de la crisis si uno se abandona en el hondón, se renacerá a una nueva existencia y a un nuevo orden. Tal y como le sucedió a ella, lo primero es vivir la vida, en una actitud verdadera de búsqueda honrada. Tener la *determinada determinación* —dirá ella—, de un Ideal y la firme decisión de la voluntad de que no quede nada por nuestra parte para conseguirlo. Esa misma vida encierra contradicciones, luces y sombras, que no deben ocultarse, sino que deben ser vividos intensamente. Llegados a la crisis de los cuarenta años (salvo gracia especial), de no querer caer en la mediocridad para siempre, la persona debe hacer balance; releer su historia pasada integrando todo, es decir, aceptando lo sucedido. Porque sólo se integra positivamente lo que se acepta, actitud bien diferente de las falsas salidas: proyectar en otros nuestros males y defectos, o resignarnos con lo que pasó. En definitiva, con lo bueno y con lo malo, la crisis se desencadena cuando las contradicciones son enormes y la primera vía de salida consiste en la aceptación de nuestra historia. A continuación Teresa, como creyente, recurre a Cristo y se abandona del todo en el Todo, mientras que, paradójicamente, se sumerge, sin ningún miedo, en lo profundo de su ser, buscando las motivaciones últimas. Diálogo sublime y secreto del que nos llegan afortunadamente bastantes ecos. Silencios y palabras que se intercambia durante años con Cristo. El amor renacido y entregado el uno en el otro hace el resto.

A esta morada llegan muchos más cristianos de los que creemos, aunque a algunas habitaciones sólo llegan algunos. La falta de disposición, la desorientación o el no haber hecho crecer las virtudes suficientemente pueden impedirlo. Y no por culpa de Dios que está deseando darse del todo.

Le sucede a la persona como al gusano de seda que teje la crisálida para encerrarse en ella y morir, renaciendo como una mariposa blanca. La persona se encierra en Cristo para morir a sí misma y renacer a Dios. Sobre todo muere el yo viejo acostumbrado a hacer su voluntad por encima de todo y de todos.

El Tabor nos ha conducido a los últimos momentos de la vida del Señor, la intimidad de la eucaristía y la cruz. Los discípulos le traicionaron al querer hacer su propia voluntad. Por eso ha de rehacer ese camino procurando no equivocarse en momento tan vital. Hay que seguir a Cristo en la cruz hasta cumplir la voluntad del Padre. Al ser la voluntad la potencia privilegiada (el mejor de los habitantes del castillo) porque de ella nace el amor, Teresa dirá que en esta morada Dios conduce al alma a la bodega del *Cantar* para ordenar en ella la caridad, es decir, para enseñarle a amar. Comparar la unión de Cristo con la persona con el matrimonio puede aclararnos. La entrega de la voluntad se parece a dos personas que han quedado enamoradas al verse durante un breve espacio de tiempo. Como en un flechazo llevan camino de ser novios formales, aunque tampoco hay ninguna seguridad. Judas es el mejor ejemplo de ello.

Con la muerte simbólica del yo dejamos espacio para que Cristo lo habite hasta decir con san Pablo ya no soy yo es Cristo quien vive en mí. A este conjunto de vivencias le llamamos *oración de unión* porque ya el alma sabe, aunque sea por muy breve espacio de tiempo, lo que supone estar unida a Cristo. Él mismo comienza a tomar las riendas de nuestra vida. El proceso no se vive en un instante, hay que tener paciencia porque puede durar años. Incluso consumado aún quedarán algunos «gusanos» difíciles de erradicar: la propia estima, amor propio y juzgar al prójimo. Paciencia hermanos.

La transformación personal goza de cambios notables aumentando las consecuencias de las cuartas moradas: cumplir los mandamientos lo mejor que podamos, procurar un mejor conocimiento de nosotros mismos, servir a Dios y al prójimo todo lo que podamos.

La acción sigue en la línea de las moradas anteriores. Únicamente se introduce una novedad fundamental: unos deseos grandes de hacer algo por Cristo que vendrán muy bien si están acrecentados para ser creativos en las sextas moradas. Y para que se vea que la experiencia mística no tiene nada de extraño (como tantas veces se nos ha sugerido), recuerda Teresa que en las quintas moradas todo se resume a los dos primeros mandamientos: amar bien a Dios y al prójimo (cf. *Moradas* 5,3,7)

Textos bíblicos: Predominan tres modelos bíblicos: el *Cantar*, Pablo y la cruz del Señor. *Cantar de los Cantares* cc.2-3, en particular 2,4 y 3,2; Gal 2,20; *Colosenses* 3,3-4; Jn 17,22; Mt 5,48 y 13,44. Textos teresianos de lectura: Quintas moradas; *Vida* cc.8-9; *Vida* 7,17; *Vida* cc. 18-21; *Vida* cc. 23 y ss.

Sexta morada: El deseo de amor insatisfecho

De las quintas a las séptimas se reproduce en la vida del creyente la muerte y la resurrección de Cristo. En las quintas participamos de su muerte, en las séptimas de la resurrección. Entre las dos Teresa coloca las sextas, un momento intermedio que incluye algunas vivencias de Cristo antes de su muerte y aquellas que vivieron los discípulos entre la muerte y la resurrección del Señor. Son las moradas del deseo de amar. Amor insatisfecho al no encontrar la mariposilla reposo seguro. El encuentro con Cristo envía a la Trinidad. Algo ya se había barruntado en las quintas. Desde ahora todo se contemplará en el paradigma trinitario. Hay que advertir que no todas las experiencias de las sextas han de ser vividas por todos los creyentes, siendo gran inconveniencia mezclarlas con experiencias paranormales (no esenciales a la experiencia religiosa, p.e. las levitaciones). Es verdad que algunas sólo las vivirán los privilegiados de Dios que suelen ser más de los que creemos.

Tras ese primer encuentro personal serio de las quintas que coincide con la entrega de la voluntad, Teresa comienza a vivir un fuerte deseo de encontrarse del todo con el Señor. Ha llegado el momento de escucharle, *hablas* (locuciones), verle (*visiones imaginarias e intelectuales*), pasar por el trago de la ausencia de Dios, etc. Toma conciencia por experiencia de ser Dios uno y trino, busca momentos de soledad para la oración, vive fenómenos paranormales (p.e. levitaciones) que desaparecerán en las séptimas y a las que no da ninguna importancia. Está enamorada y comprometida con el Amado. El amor encendido como una centella busca reposo para la mariposa blanca en el *desposorio espiritual*. Fue por entonces cuando cae en la tentación de abandonar la Humanidad de Cristo para rezar a la Divinidad. Tentación en la que siguen cayendo hoy muchos influidos por las religiones orientales. Craso error. La carmelita reaccionó con fuerza al darse cuenta de su equivocación, escribiendo un alegato insuperable a favor de la Humanidad de Jesucristo como único camino hacia el Dios cristiano (*Vida* 22 y *Moradas* 6.7).

Un día, estando un grupo de religiosas reunidas en el monasterio de la Encarnación, surgió la idea de crear un monasterio más pequeño. Teresa aceptó la propuesta y fundaron en 1562 el monasterio de san José, primero de una larga serie. Ya estaba preparada para dar nuevas respuestas a las necesidades de la Iglesia. El deseo de ayudar al Señor que se había fraguado desde la segunda morada, crecido decididamente con la entrega de la voluntad en las quintas, ve ahora el cauce de realización y las condiciones personales para llevarlo a cabo. En dos lugares tiene Teresa depositada la mirada cuando se decide a fundar: el descubrimiento de las Indias y la separación de los protestantes, enseñándonos que no puede haber recreación de la Iglesia sin contar con las grandes encrucijadas de la historia.

Probablemente pocas personas llegarán a vivir con la intensidad de Teresa las sextas moradas. Que nadie se asuste. Si los discípulos las vivieron y Teresa es doctora de la religiosidad popular (ninguno tenía estudios, tampoco ella), bien podemos dar la posibilidad a muchos de devolverles lo que les pertenece. La mentalidad barroca la encumbró tanto y tan mal que dejó de ser modelo de vida convirtiéndola en

objeto de admiración. Se quiere indicar con ello la genialidad teresiana, sin menoscabo para tantos creyentes de poder vivir experiencias similares.

La oración en las sextas cobra una fuerza inusitada, cargada de vivencias múltiples (once capítulos va a dedicarle). Diremos algunas. Al entregar la voluntad se encendió el amor, muriendo el yo viejo; por un instante le pareció atisbar la imagen del Señor. Buscará con ahínco revivir ese encuentro (*Moradas* 6.1) topándose de bruces con la incompreensión de los demás, acusándole de querer hacerse la santa. Tampoco le satisface que hablen bien de ella, porque sabe bien que todo le ha sido dado, vendrán enfermedades, será incomprendida por los confesores... Un cúmulo de dificultades que le afectan profundamente. Dejarán de hacerlo en las séptimas donde la algarabía exterior nunca impedirá la paz interior.

Mientras todo esto sucede la persona siente que Dios la llama desde el centro del alma como un *silbo* o *una cometa que pasa de presto* (*Moradas* 6.2). Le parece que Dios está con ella y envía una centella de fuego que la toca. Pero no puede disfrutarlo, tan rápido como viene se escapa. Deseo de amor insatisfecho, *pena sabrosa, pena deleitosa*, dirá ella. El Amado le lanza llamadas, sabe de su presencia sin poder gozarlo plenamente. ¿Quién, habiendo estado enamorado de otra persona no ha pasado por experiencias similares? Traslademos lo humano a lo divino. Estamos en la mística.

¿Cómo no comprender que el Amado y la Amada puedan hablarse? Será el objeto del capítulo 3. La cosa empezó mucho antes, para ella y para cualquier cristiano. Fácil será de entender. Escuchamos un texto de la Palabra de Dios en la liturgia o a solas. Lo hemos oído mil veces. De repente, un día, una frase nos impacta sin saber por qué. La memorizamos. En el coche o en cualquier otro lugar vuelve una y otra vez a la mente. Pongamos, por ejemplo, que hemos leído o escuchado: «No tengas miedo». La repetimos mil veces porque nos surge. Estoy seguro que me la dicen a mí. Es el primer paso para una locución. Un buen día, por sorpresa, incluso cuando ya la hemos olvidado, la frase sobreviene desde el interior sin que hayamos hecho nada. Estamos ante una locución, *hablas*, les llamará Teresa. En su caso, la mayoría tienen que ver con la Palabra de Dios o con asuntos prácticos: *Yo soy no hayas miedo; ya eres mía y yo soy tuyo; no trabajes tú de tenerme a Mí encerrado en tí, sino de encerrarte tú en Mí; come hija y pasa como pudieres, pésame de lo que padeces, mas esto te conviene ahora; ya sabes el desposorio que hay entre ti y Mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé, y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia...* Puede haber patologías, cierto, pero ¿debemos suprimir la corriente eléctrica porque dé garrampas?

Veamos brevemente otras dos cuestiones: las visiones intelectuales (*Moradas* 6.8) y las visiones imaginarias (*Moradas* 6.9). Estamos en una habitación con otra persona cuando alguien apaga la luz de la habitación. No se ve absolutamente nada, la otra persona sigue en silencio. Sabemos que está sin verla. Esto es una visión intelectual. Tener la certeza de estar habitados, en compañía del Señor, sin ver nada. Incluso esa persona que no veo puede trasmitirme en silencio su presencia o hacerme entender algo de ella sin palabras, o con ellas. Ninguna de estas cosas son necesarias para vivir el bautismo, pero puede suceder si Dios lo quiere.

Las visiones imaginarias tienen su origen en la oración desde la iconografía. Ya indicamos en la primera morada que Teresa rezaba apoyada en imágenes diversas. Si una imagen, la de Cristo, la miramos muchas veces, al final se graba en la imaginación. Cerramos los ojos y la vemos grabada en la mente. Nos pasa con las personas que tratamos habitualmente, mucho más con las que queremos. Podríamos describir su figura sólo con verla en la mente. De improviso, esa imagen fija de Cristo (*imagen muerta* dirá Teresa) esculpida a lo largo de los años cobra vida, le enseña las manos, otro día el rostro, al final hace que *yo le viese del todo*. Duda si será verdad, no encuentra quien la entienda. Comienzan las visiones imaginarias, viendo en su interior la imagen de *Cristo vivo* que le habla (puede seguirse el proceso en *Vida* 28-29). Naturalmente es una gracia de Dios pero ¿no habría algún modo de ayudar a la gente que tiene devoción a las imágenes religiosas para que, si Dios quiere, pudieran acceder a esta experiencia tan subida? Insisto, estamos ante una doctora de la religiosidad popular de consecuencias imprevisibles.

Las experiencias mencionadas, y otras que no podemos glosar, transforman a la persona por dentro sin apenas esfuerzo por su parte. El Dios de Jesucristo le va mostrando el camino del amor que, evidentemente, no puede quedar sin consecuencias prácticas. Descubre más su miseria, crece la humildad, comienza a aprovechar de verdad al prójimo, desea compartir con otros lo que Dios hace con ella, le entran ganas inmensas de hacer algo. Ya es capaz de crear monasterios, los ojos puestos en el Amado y en la situación de la Iglesia y la sociedad.

Textos bíblicos: Ex 3,2; He 9,3; Jn 4,7-13; *Cantar de los Cantares*, 3,2-3. Textos teresianos: Moradas sextas; *Vida* cc. 18-22; 24 y ss.; 36-40; leer también las *Relaciones*.

Séptima morada: resucitados en Cristo, esclavos del amor.

Los primeros caminantes del itinerario descubrieron la tumba vacía y creyeron que Cristo vivía y volvería. La fuerte experiencia del encuentro cambió sus vidas. Perdieron el miedo, recibieron una paz que no puede dar el mundo, el fuego de amor encendido (Espíritu Santo) los lanzó a la misión, se hicieron esclavos de los hombres, cooperadores de Cristo. Empezaban a ser santos. Recomenzaban la aventura. Se equivocaban también. María, la Virgen, acompañaba el proceso. Estaban en las séptimas moradas.

No conozco otro caso en la Iglesia de alguien que, como Teresa, nos haya legado la cima de la experiencia espiritual de cuatro formas diferentes y complementarias: el relato autobiográfico del matrimonio espiritual (*Relación* 35); su codificación doctrinal (séptimas moradas); expresión poética del acontecimiento (*Poesía* 8); y dos retratos del Cristo recién resucitado visto en el interior y que ordena pintar (Toledo y Burgos).

En 1571 irrumpen las visiones de la Trinidad con fuerza desconocida hasta el momento. Lo que tenía adquirido por fe lo comprueba por experiencia. Desde ahora a Cristo se le contemplará en el paradigma trinitario. Distingue las personas divinas,